

TREINTA AÑOS DE *ORIENTALISMO* Crónica breve de un fraude intelectual y académico

Para una gran mayoría de la izquierda pro palestina española y de su *lobby* árabe-islámico, políticamente muy influyente, pocos libros hay que gocen de mayor prestigio que *Orientalismo*, de Edward Said. Si no fuese por el fuerte hechizo, entre irracional y mágico, que ejerce sobre ellos el islam, por lo que lo juzgarían como un sacrilegio y una falta de respeto a la sensibilidad religiosa de los musulmanes, se podría decir que lo consideran como la versión laica del Corán, o poco menos. Curiosamente, la conversión al “orientalismo saidita” de muchos de esos intelectuales y políticos se puede considerar como tardía. El libro se tradujo y se publicó por vez primera en España en 1990, doce años después de su primera aparición en el mercado anglosajón, por consejo y empeño de Juan Goytisolo, inaugurando así una pequeña colección, Alquibla, de una por entonces oscura editorial, Ediciones Libertarias, colección que dirigía el propio Goytisolo. Según me consta, sólo hubo una edición y de reducida tirada, por lo que cabe la sospecha de que *Orientalismo* fue uno de esos libros de los que en ciertos ambientes hablaba todo el mundo, pero que sin embargo, muy pocos habían leído¹. Hubo que esperar otros 12 años para poder encontrar de nuevo *Orientalismo* en las librerías españolas, esta vez publicado por la editorial Debate, con una presentación o introducción de Goytisolo y un prólogo especialmente escrito por el propio Edward Said para esta edición

Fernando Peregrín Gutiérrez es ensayista de Epistemología y Filosofía e Historia de la Ciencia

¹ En 1991 la Editorial Eumo, de Vic, publicó la traducción al catalán titulada *Orientalisme*.

y que lleva fecha de abril de 2002². De entre lo mucho y muy ditirámico que Goytisolo ha escrito sobre este libro y su autor, puede citarse este párrafo: “(...) su obra *Orientalismo* se convirtió en el punto de referencia de todos los estudios tocantes al mundo árabe en particular y al mundo islámico en general. Fue una verdadera revolución que sacudió todos los fundamentos de los estudios occidentales y los planteamientos de los orientalistas. Mostró con claridad que gran parte de éstos habían puesto sus conocimientos no al servicio de los pueblos cuya historia, cultura y costumbres analizaban, sino al servicio de los poderes imperiales de los países europeos, sobre todo de Francia e Inglaterra. A mí esta lectura me impresionó vivamente e influyó en mis ensayos de *Crónicas sarracinas*, en donde extendí unas reflexiones parecidas a las suyas en el campo del orientalismo español que él no conocía”³.

Otro conocido panegirista de estos cenáculos de intelectuales y políticos deslumbrados por *Orientalismo* y su autor es, sin duda, Bernardino León, ex coordinador de la Fundación Tres Culturas y actual secretario de Estado de Asuntos Exteriores, para el cual este intelectual palestino es “el pensador más original del siglo XX”⁴ y “el más grande intelectual de nuestro tiempo” y que “su impresionante obra abarca ámbitos muy diversos, todos ellos con una profundidad y una capacidad literaria sorprendentes. En *Orientalismo*, *La cuestión palestina* y *Cultura e imperialismo* analiza la relación entre Oriente y Occidente, la recreación de aquél por éste, la interacción entre literatura, política y cultura, y han determinado en buena parte los estudios que desde este ámbito se han hecho sobre el colonialismo y el periodo poscolonial, tanto en las antiguas metrópolis como en los territorios de ultramar. A estas obras debe añadirse *Cubriendo el islam*, su reflexión acerca de la visión reduccionista y negativa que desde los medios de co-

² La traducción de esta edición se basa en la londinense de 1997. Existe, además, la edición de la editorial Debolsillo, Barcelona, 2003.

³ **Juan Goytisolo**, “Una referencia del mundo islámico”. *El País*, 2003-09-30. Del autor dice además que “Edward Said fue un intelectual libre, yo diría que el único intelectual totalmente libre del mundo árabe. Su voz era un punto de referencia para todos los intelectuales de Occidente y de Oriente que no se dejan atrapar en el círculo vicioso de la violencia impuesta por los extremistas israelíes a los palestinos”.

⁴ Declaraciones a Europa Press con motivo de la celebración de unas jornadas sobre “mestizaje y diversidad” organizadas por la Fundación Pablo Iglesias en mayo de 2006.

municación y ciertos ámbitos académicos norteamericanos se ha dado en los últimos años sobre el islam y el mundo árabe”⁵.

Francisco Fernández Buey es otro de los viejos iconos de la intelectualidad oficial de la izquierda con apergaminado pedigrí que ha manifestado asimismo su gran admiración por Edward Said, afirmando que “durante los veintitantos años transcurridos desde la publicación de *Orientalismo*, la gran obra de Edward Said, el interés por la historia y el presente de las culturas no europeas ha ido aumentando de una forma muy considerable en la mayoría de las universidades estadounidenses. Y también en las europeas. Uno de los resultados de este interés es la notabilísima floración de centros e institutos dedicados a estudiar las diversas formaciones culturales africanas y asiáticas.” Y más adelante, “Said, que además de estudioso del orientalismo ha sido un musicólogo sensible y un hombre con gran conciencia cívica”. A continuación, y de la misma guisa, escribe que “por su discreción en el tratamiento de asuntos en los que generalmente se ha oscilado entre políti-

⁵ Bernardino León, “Edgar W. Said, ensayista palestino”. *El País*, 26-09-2003.

El actual secretario de Estado de Asuntos Exteriores es, además, el traductor de *Cubriendo el islam* (Debate, 2006). La edición original es de 1981 (*Covering Islam: How the Media and the Experts Determine How We See the Rest of the World*) y es, incluso para los más fervientes defensores de la causa “sadista”, lo menos bueno de la trilogía de Said sobre la visión occidental del Oriente árabe-islámico, que forman, además de este texto, *Orientalismo* y *The Question of Palestine* (del que no me consta que haya edición española).

Manuel Chaves, presidente de la Junta de Andalucía, ha dicho del libro *Cubriendo el islam* que “es un libro clave para entender el papel de los medios de comunicación en nuestro tiempo” (Cf: Intervención del Presidente de la Junta de Andalucía, Manuel Chaves, en el Seminario Internacional sobre la paz en el Oriente Medio. Sevilla, 22 de octubre de 2003).

Mas quizá, entre los pro árabes y pro islámicos españoles, la frase más repetida del autor de *Orientalismo* como testimonio de autoridad sea: “Como dice Edward Said, no se trata de un choque de civilizaciones, sino de ignorancias” (Gema Martín Muñoz, Teresa Aranda –Fundación ATMAN–, Miguel Ángel Moratinos, José Luis Rodríguez Zapatero, etcétera). Está tomada del título de un artículo de Said que se publicó en *El País* –y en otros medios de comunicación occidentales– el 16 de octubre de 2001.

Se argüirá, no sin razón, que la admiración y el reconocimiento de que gozó Said en España no es una cuestión exclusiva de la izquierda, como evidencia la concesión, conjuntamente con Daniel Barenboim, del premio Príncipe de Asturias de la Concordia del año 2002. Mas cabe el contraargumento de que, por un lado, el jurado, según el acta, apenas entró a valorar los méritos intelectuales de Said (... “quienes, con independencia de su destacada proyección artística e intelectual”), concediéndoles a ambos el premio porque “realizan una generosa y encomiable tarea a favor de la convivencia y de la paz, simbolizada en la colaboración de jóvenes músicos que, superando antagonismos históricos, fomenta el diálogo y la reflexión”; y por otro, que ese premio fue consecuencia de la intervención del lobby pro islámico español.

cismo y formalismo, por su veracidad, no exenta de dramatismo, este palestino, que fue miembro del Consejo Nacional y profesor de literatura comparada en la universidad de Columbia, pero que fue sobre todo un *exiliado postromántico*, supo renovar la apuesta cultural de aquellos otros exiliados sensibles (Auerbach, Arendt, Benjamin, Todorov) que nos han enseñado a entender mejor lo que somos (y lo que hemos sido) comprendiendo a los otros, más allá de la presunción, de los estereotipos y de los prejuicios”⁶.

También Eugenio Triás, filósofo que se ha mostrado últimamente muy atraído por los aspectos más místicos y esotéricos del sufismo islámico, en una desorientada reseña de la edición española del libro póstumo *Humanismo y crítica democrática*⁷, cuyos materiales Edward Said había dejado prácticamente organizados antes de morir, y tras reconocer el gran impacto que le produjo la lectura de *Orientalismo*, alaba “la condición insobornablemente crítica, solidaria y comprometida de este intelectual palestino-estadounidense”, aseverando que “Said insiste, en la línea de Vico, en el diferencial que introduce la comprensión que podemos tener de nosotros mismos. Y añade asimismo el horizonte de un humanismo que no se limite a proyectar sobre toda la humanidad los postulados religiosos y literarios, o culturales, del mundo occidental, pero que tampoco incurre en el vicio opuesto y simétrico, un multiculturalismo reductor que suele abonar el relativismo en los valores, en las actitudes, en las costumbres y en los principios. Se trata de un proyecto y de un programa que ha quedado truncado por la muerte de este pensador y luchador ejemplar”⁸.

LA MODA DE LOS ESTUDIOS POSCOLONIALES

Se ha dicho que la publicación de *Orientalismo* marca el inicio de los llamados estudios poscoloniales, una moda académica que en la década de

⁶ **Francisco Fernández Buey**, “La contribución de Edward Said a una tipología cultural del imperialismo”. *El Viejo Topo*, núm. 186, noviembre de 2003.

⁷ **E. W. Said**: *Humanism and Democratic Criticism*. Nueva York, Columbia Univ. Press, 2004. (Traducción española de R. García: *Humanismo y crítica democrática*, Barcelona, Debate, 2006).

⁸ **Eugenio Triás**: “Humanismo y crítica democrática”, en *El Cultural*, suplemento del diario *El Mundo*, 2006-09-14. Por lo que escribe, cabe dudar seriamente si el reseñador se ha leído por completo el libro de Said.

1980 se extendió como mancha de aceite por los departamentos de literatura inglesa de las facultades de letras de la mayoría de las universidades de Estados Unidos⁹. Los que siguen esta moda académica la definen como el estudio multidisciplinario de las relaciones entre los países europeos y las sociedades que colonizaron en la edad moderna (pero que no se acaba con la descolonización, pues aún perduran –dicen los “poscolonialistas”– muchas de esas relaciones propias del colonialismo)¹⁰. A grandes rasgos se considera que el llamado imperio europeo llegó a significar el dominio, al iniciarse la Gran Guerra de 1914, de más del 85% del resto del mundo por parte de las grandes potencias de Europa. La columna vertebral de los estudios poscoloniales, y prácticamente todo su cuerpo, es la literatura, y la llamada interdisciplinariedad atañe, como mucho, a las artes y a ciertos aspectos muy marginales de la cinematografía. En la jerga de los estudios poscoloniales más que de literatura se habla y se escribe de “aproximación crítica” y “teoría literaria” de la producción de literatura –muy fundamentalmente de la narrativa– de colonizadores y colonizados, si bien, y casi como norma de obligado cumplimiento, la crítica acerba y la desvaloración sistemática se reserva para la literatura de las metrópolis y la benevolencia y las alabanzas, para la de las colonias.

Cuando apareció *Orientalismo* en el mercado, muy oportunamente, todo sea dicho, hacía ya un par de décadas que el estudio del Oriente Medio¹¹, normalmente denominado “estudios orientales” en el mundo anglosajón,

⁹ Otro libro que marcó un hito en la moda de los estudios postcoloniales estadounidenses fue *The Empire Writes Black: Theory and Practice in Post-Colonial Literatures*, de **Bill Ashcroft**, **Garteh Griffiths** y **Helen Tiffin**. Routledge, segunda edición, 2002 (la primera es de 1989). Bill Ashcroft es además autor, junto con **Pal Ahluwalia**, de una hagiografía de **Edward Said** titulada *Edward Said: paradoja de la Identidad*, publicado en España por Ediciones Bellaterra (2000).

¹⁰ Los estudios postcoloniales forman parte de ese cajón de sastre que se denomina *cultural studies* (estudios culturales) y en el que se incluyen los llamados *gender and identity studies* (estudios de género e identidad), *queer studies* y *sexual diversity studies* (estudios sobre la homosexualidad), *women studies* (feminismos varios), etc.

¹¹ En español, tradicionalmente se distingue entre *Oriente Próximo* (Egipto, Líbano, Israel, Turquía, Jordania, Siria, Irak y Arabia), *Oriente Medio* (Irán, Pakistán, la India “y sus países limítrofes”) y *Extremo o Lejano Oriente* (China, Corea, Japón y países del Pacífico). No así en el mundo de influencia anglosajona, en el que sólo se hace distinción entre *Middle East* y *Far East*. Por las características de este artículo, y salvo que no se indique lo contrario, parece más conveniente adoptar el sistema de denominación anglosajón, que es, por otro lado, el adoptado por las instituciones de la UE y el Ministerio de Asuntos Exteriores español.

estaba siendo muy criticado tanto por los eruditos occidentales como por los de esa región geográfica. Comparado con los avances de la historiografía de Europa y Estados Unidos, el estudio del Oriente Medio parecía estancado, debido, por un lado a que era un campo dominado por la tradición filológica y ajeno en gran parte a los métodos de la moderna historiografía, y por otro, a problemas intrínsecos derivados de la propia naturaleza histórica de las fuentes de dicha historiografía. Además, su publicación coincidió con el descubrimiento entusiástico del Tercer Mundo por parte del mundo académico estadounidense, con la crisis de autocrítica que propició la guerra del Vietnam, así como con los cambios generacionales que supusieron la entrada en los correspondientes departamentos universitarios de investigadores originarios de Oriente Medio, o descendientes de inmigrantes de dicha procedencia. En estas circunstancias, estos nuevos investigadores, de los que Edward Said era un arquetipo, empezaron a hacer valer una supuesta ventaja que tenían respecto de sus colegas occidentales: no estaban limitados ni contaminados por las perspectivas etnocéntricas occidentales y por tanto podían examinar e interpretar lo acaecido durante la época colonial europea de manera más fiable. Casi simultáneamente, además, se produce el colapso de la teoría de la modernización como justificación racional y moral del colonialismo, con lo que empieza la tendencia de culpar al imperialismo y al etnocentrismo de Occidente de todos los males que afligen al Tercer Mundo¹².

Para Said, una cultura no es concebible sin la existencia de un “otro” diferente y con el que se compite. Por tanto, en la construcción de la imagen que los europeos tenían y tienen de sí mismos, la creación, a manera de contraimagen, de un “otro” por antonomasia, el Oriente Medio (denotado como simplemente el “Oriente”), tuvo importancia decisiva. De esto se sigue, “según Said” que ni el “Oriente” ni el “Occidente” corresponden a realidades estables que existen como hechos naturales, sino que son meros “constructos” que subyacen a una realidad basada en unas relaciones de poder, dominio y hegemonía de Occidente sobre Oriente. Surge así “orien-

¹² Joshua Teitelbaum y Meir Litvak, “Students, Teachers, and Edward Said: Taking Stock of Orientalism”. *Middle East Review of International Affairs*, Vol. 10, núm. 1, marzo de 2006.

talismo” como un neologismo que designa a una corriente de pensamiento académico, a una escuela de estudios en la que se mezclan literatura y política sin demasiada preocupación por la historiografía ni otras disciplinas necesarias para analizar, conocer y explicar la realidad fáctica. La definición que da Said de “orientalismo” incluye estos ingredientes: primero, “es un estilo de pensamiento basado en la distinción ontológica y epistemológica entre el ‘Oriente’ y el ‘Occidente’”. Dicha distinción se fundamenta sobre todo en la consideración de la supremacía occidental y de la inferioridad oriental, un rasgo que Said cree presente en la cultura occidental nada menos que desde los tiempos de Homero y Esquilo. Segundo, un campo de indagación académica que incluye a todos aquellos que escriben y enseñan acerca del Oriente, que es, más o menos, la acepción clásica del término y lo que le permite a Said incluir en el blanco de sus andanadas y ácidos hostigamientos a ciertos arabistas estadounidenses, como Bernard Lewis. Y tercero, “una institución corporativa para tratar con el Oriente” que aparece en el siglo XVIII y que representa “un estilo occidental para dominar, reestructurar y ejercer autoridad sobre el Oriente”.

A LA SOMBRA DE FOUCAULT

En realidad, cuando esto escribe, Said es poco original, ya que la mayoría de estas ideas están tomadas de Michel Foucault, uno de sus mentores, del que copió mucho y entendió poco –lo cual no es un demérito para Said, ya que entender a Foucault, en el sentido epistemológico de este término, sería poco menos que un milagro– tanto cuando le usó como modelo como cuando se distanció de él por considerarlo muy anti-árabe y pro sionista¹³. De hecho, Said desempeñó un papel muy importante en la introducción y recepción de la obra de Foucault en el mundo académico estadounidense. Es indudable la fascinación, más que la apreciación todo lo favorable que se quiera, que suscitó el llamado “análisis foucaultiano” y el “método foucaultiano” en el Said que escribe *Orientalismo*. Así, muy al co-

¹³ Stephen Sheehi, “Exclusive Interview with Edward Said”. *Al Jadid*, vol. 4, núm. 22, invierno de 1998. Hay varias entrevistas y artículos en los que Said explica por qué dejó de interesarle Foucault poco después de terminar *Orientalismo*.

mienzo de la introducción, éste hace referencia a las dos obras más “metodológicas” de Foucault, *La arqueología del saber* y *Vigilar y castigar*, a fin de apropiarse, por así decirlo, del análisis del discurso de Foucault. Mas es dudoso, como ha quedado dicho, que Said supiese del todo lo que estaba haciendo cuando seguía las oscuras e intrincadas sendas de su modelo ni cuando rechazó la manera de Foucault de abordar los textos literarios y el mundo en general. Ciertamente que en último artículo que Said escribió sobre Foucault y su obra intentó rectificar parte de sus anteriores críticas, reconociendo la importancia de la contribución de Foucault a la teoría crítica contemporánea y tratando de justificar malos entendidos pasados, basados en lo que Said reconoce como una paradoja asentada en el centro mismo de la empresa crítica que inició con *Orientalismo*¹⁴. En palabras del propio Said, “el conflicto entre mi sesgo humanístico confesado e inconfundible y el antihumanismo de la misma materia de mi estudio y de mi propia manera de acercarme a ella”. La paradoja, al parecer, estaba en la confianza depositada por Said en lo que él creía era una teoría especialmente avanzada –la de Michel Foucault, para ser exactos– y la percepción de que dicha teoría “se había deshecho en gran medida de los modos totalizadores y esencializadores del humanismo y del criticismo democrático”¹⁵. Pues para Said, la verdadera cultura entroncaba con el humanismo de Vico, en quien se inspiró para componer su leitmotiv *secular democratic criticism*, indefinible de suyo, pero que él siempre trató de explicar como contrapuesto a lo que consideraba las prácticas de los humanistas elitistas y “eurocéntricos” (reconozco que siempre he sido incapaz de distinguir entre universalismo –atemporal– y secularismo –temporal–, según Said; claro que tal vez es que no haya nada que valga la pena entender).

Said, que acusa a los orientalistas occidentales clásicos de simplificar y reducir a tópicos y arquetipos al Oriente Medio y sus distintas sociedades, se muestra tanto o más reduccionista que los eruditos a los que ataca. En efecto, describe “orientalismo” como un “discurso”, definición, como se ha dicho, de origen “foucaultiana”. Según el fallecido escritor y crítico litera-

¹⁴ Edward Said, “Michel Foucault, 1926-1984: In Memoriam”. *Raritan*, vol. 4, otoño de 1984.

¹⁵ Karlis Racevskis, “Edward Said and Michel Foucault: Affinities and Dissonances”. *Research in African Literatures*, vol. 36, núm. 3, otoño de 2005.

rio francés, un discurso es simplemente un sistema de pensamiento que gobierna el conocimiento que se pueda obtener. Ese conocimiento, que a su vez se inspira y se orienta por el “discurso”, viene a ser como una paráfrasis de ideas y nociones preconcebidas. En suma, un “discurso” es el resultado de la interacción entre conocimiento y poder que están unidos entre sí formando un círculo sin principio ni final, o como si dijéramos, un círculo vicioso, por lo que “no hay conocimiento por un lado y sociedad por otro, ni ciencia y estado por separado, mas solamente las formas fundamentales de conocimiento/poder”¹⁶.

La epistemología “foucaultiana” que asume Said niega pues el concepto de conocimiento como fruto de la empresa científica o de cualquier otra actividad intelectual, sea académica o aplicada, se refiera a las ciencias naturales o las sociales, cuyo objetivo sea, fundamentalmente, el saber, esto es, hacer avanzar el conocimiento de forma objetiva, fiable y acumulable. Conque el valor de verdad de un conocimiento como función de su correspondencia con la realidad se diluye como un azucarillo en el mar de la crasa ignorancia a la que conduce este estéril relativismo cognitivo posmoderno. Así lo admite el propio Said en el epílogo que figura en la edición anglosajona de *Orientalismo* de 1994: “no tengo interés, ni mucho menos la capacidad para demostrar cuáles son las verdades tanto del Oriente como del islam”, que es lo mismo que decir que desprecia olímpicamente la verdad fáctica y se interesa sólo por *les belles lettres*, la ficción literaria y la propaganda política, la más falaz de las retóricas¹⁷.

¹⁶ Alan Sheridan, *Michel Foucault: The Will to Truth*. Routledge, 1980.

¹⁷ Respecto de **Foucault**, salvo “foucaultianos” irredentos con atrofia irreversible del sentido crítico, las revisiones rigurosas y el análisis de sus supuestos métodos académicos están dejando cada vez más en evidencia su total irrelevancia en el mundo del pensamiento de excelencia de hoy día. Así concluye **Andrew Scull**, por ejemplo, su demoledora reseña de la reciente reedición inglesa de la versión original completa de *History of Madness*: “El reverso de la funda de *History of Madness* contiene una serie de himnos hiperbólicos de alabanza a sus virtudes. (...) Y Nikolas Rose se alegra de que ‘ahora, por fin, los lectores anglohablantes tienen acceso a la profunda erudición que apuntala el análisis de Foucault’. En verdad que pueden, y uno espera que leerán el texto con atención y con inteligencia y que aprenderán así algunas lecciones saludables. Una de esas lecciones podría ser divertida, si no tuviese efecto en la vida de la gente: la facilidad con la que se puede distorsionar la historia, ignorar los hechos, menospreciar y descartar las alegaciones de la razón humana por parte de alguno suficientemente cínico y desvergonzado y deseoso de aprovecharse de la ignorancia y la credulidad de sus clientes”. (Cf. “The fictions of Foucault’s scholarship”, *The Times Literary Supplement*, 21 de marzo de 2007).

Aunque para Said el método de indagación acerca de las cuestiones que le interesaban se redujo, prácticamente, a las oxidadas e insuficientes herramientas de la crítica literaria (trufada de marxismo de la Escuela de Francfort, psicoanálisis y hermenéutica de Auerbach) que aplicó a la colonización –particularmente, pero no sólo ella, la del mundo árabe–, a las relaciones entre la textualidad y al mundo y al papel de los intelectuales, los tres polos entre los que se desarrolla su reflexión y que se encuentran en la base de sus obras más significativas, como son *Orientalismo* y *Cultura e Imperialismo*, es cierto que para él la crítica literaria era más que la mera crítica del texto, según dicen los cánones y usos posmodernos, y que había algo más, mucho más, que los textos literarios, lo cual se refleja, verbigracia, en un compromiso con la llamada causa palestina (fue miembro del Consejo Nacional palestino de 1977 a 1991), que acaba por convertir casi toda su obra en un panfleto político.

Empero, no es menos evidente que para él las categorías culturales de las sociedades humanas en las que se interesaba y a las que consideraba en sus escritos eran bastante limitadas y que concedía a la literatura (sobre todo, a la de ficción) y a las artes una importancia desmedida en el devenir y en la evolución de las culturas de las sociedades humanas. En este sentido, muchas veces calificable de “reduccionismo literario y artístico”, la gran mayoría de los problemas del mundo árabe-islámico, en general, y de los palestinos en particular, se debían principalmente a cuestiones de “narrativas hegemónicas”. Véase, a este respecto su artículo de febrero de 1984, en *London Review of Books* sobre el problema palestino que se titulaba, muy ilustrativamente, “Permission to Narrate”. En suma, que el problema entre palestinos e israelíes era poco más que una poderosa y universal narrativa judía de una Palestina desértica, vacía y yerma, convertida mediante el coraje, el sudor y el ingenio de los judíos en un nuevo jardín del Edén, la cual narrativa, más que asfixiar, eclipsaba por completo en los medios de comunicación occidentales la inexistente narrativa palestina (para Said, las cuestiones tocantes al desarrollo humano, político y social, y al estado de la ciencia, la tecnología y la economía, así como el laicismo y la influencia de la religión en unas y otras sociedades carecían, incomprensible y absurdamente, de interés). En vista de lo cual, Ibn Warraq, uno de los críticos más agudos y competentes de Said, sostiene que “lo que hace muy difícil el autoexamen de árabes y musulmanes y,

especialmente, el criticismo del islam en Occidente es la influencia totalmente perniciosa de *Orientalismo*, de Edward Said. Esa obra enseñó a toda una generación de árabes el arte de la autocompasión –“si no fuese por los malvados imperialistas, racistas y sionistas, seríamos grandes otra vez”– dando así ánimos y justificaciones a la generación de fundamentalistas islámicos de la década de 1980 y apaleando hasta silenciarlo cualquier criticismo del islam; y parando en seco, incluso, las investigaciones de eminentes eruditos especialistas en el islam que sintieron que sus descubrimientos podían herir la sensibilidad de los musulmanes y que no se atrevieron a ser etiquetados como ‘orientalistas’”. “El tono agresivo de *Orientalismo* –prosigue Warraq– es lo que yo he llamado ‘terrorismo intelectual’, ya que no se busca convencer con argumentos o análisis históricos sino esparciendo acusaciones de racismo, imperialismo y eurocentrismo desde lo alto de un púlpito moral; todo el que ha estado en desacuerdo con Said ha recibido montones de insultos”. Asimismo, y tocante a la falta de interés de Said en todo lo que no sea la perfidia del “orientalismo”, Warraq afirma que “para Said, todos los males del mundo árabe-islámico emanan del ‘orientalismo’ de Occidente y no tienen nada que ver con las características socioeconómicas, políticas e ideológicas de los musulmanes o del subdesarrollo cultural que padecen”¹⁸.

LOS MONSTRUOS DE LA RAZÓN Y DE LA ILUSTRACIÓN

Como todos los pensadores posmodernos y, sobre todo, poscoloniales, Said recela del racionalismo de la Ilustración, influido por otro de sus modelos, Theodor W. Adorno, del que se consideraba el “único auténtico seguidor”¹⁹. No es este el lugar para explayarse sobre el influjo de Adorno en Said, espe-

¹⁸ **Ibn Warraq**, “Debunking Edward Said. Edward Said and the Saidists or Third World Intellectual Terrorism”. *Secular Islam*, 2002.

También de Ibn Warraq y de próxima aparición en el mercado estadounidense: *Defending the West: A Critique of Edward Said's Orientalism*. Prometheus Books, agosto 2007.

¹⁹ **Michael Word**, “Edward Said”. *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. 150, núm. 1, marzo de 2006.

Me resisto a no citar una frase que acabo de leer en el último libro de **Félix de Azúa**, *Abierto a todas horas* (Alfaguara, 2007), y que aparece en la correspondencia entre **Hannah Arendt** y su compañero de filosofía, **Heinrich Blüger**, y que se refiere a **Adorno** y **Horkheimer**, autores de la oscura, tramposa, falaz y desnortada *Dialéctica de la Ilustración*: “that pack of bastards”.

cialmente notable en sus escritos musicales –que abundan en encuentros y desencuentros con el autor de *Filosofía de la nueva música*–, mas conviene destacarlo como se merece. Pues resultan patéticos, si no fuesen tantas veces de una oscuridad que raya frecuentemente en lo incomprensible –de la que nada hubiese tenido que envidiar el propio Adorno, por cierto– los esfuerzos de Said por reconciliar el elitismo académico de los mandarines de la alta cultura occidental, el mesianismo del arte redentor, la intolerancia intercultural, el pesimismo irracional, la crítica nihilista de la dialéctica negativa, el ninguneo de la Ilustración (equiparándola a los mitos); y, sobre todo, la oposición entre la racionalidad crítica y el reconocimiento de la pluralidad de identidades –tanto individuales como colectivas– que aparece en *Dialéctica de la Ilustración*, facetas todas ellas del pensamiento adorniano que, con grandes penalidades y esfuerzos se entresacan de sus libros, con los postulados extraídos de la perspectiva de Gramsci –otro de sus modelos para sus estudios acerca de las culturas– sobre la cultura nacional-popular (o, como si dijéramos, la visión aristocrática de la cultura de Adorno con la populista de Gramsci) o con el igualitarismo, por debajo, del exacerbado relativismo cultural posmoderno de Foucault.

Said se ve, pues, atrapado entre contradicciones que cree superar con las oxidadas herramientas de esos propios mentores –eligiendo de unos y de otros, con espeso subjetivismo, lo que más le acomode para cada ocasión–, sin darse cuenta de que al escarbar sin método ni juicio crítico, se le caen encima los escombros de los viejos edificios en ruinas en los que busca amparo. Además, con harta frecuencia se ve obligado a cubrir con un tupido velo de bochornoso silencio muchas de sus preciadas tesis sobre el “orientalismo” occidental ante la realidad, verbigracia, de que no hay equivalente posible en la civilización árabe-islámica de su adorado Beethoven, de la Orquesta Filarmónica de Viena o de un piano Steinway; o cuando clama, siguiendo por la senda claramente “eurocéntrica” de Adorno, que el verdadero arte moderno, “exigente, resistente e intransigente puede ser el vehículo para los desesperados y un poderoso testigo de la inhumanidad de gran parte del mundo moderno”²⁰.

²⁰ Michael Word, “On Edward Said”. *London Review of Books*, vol. 25, núm. 23, octubre de 2004.

En no pocos aspectos, *Orientalismo* se reduce a la denuncia de su autor de lo que tilda de espuria alianza entre la Ilustración y el colonialismo. Para muchos lectores de Said con un mínimo de sentido crítico, existe de suyo una insuperable contradicción entre el “humanismo laico” que dijo profesar el cosmopolita intelectual palestino-americano –aunque su universalismo esté muy matizado por el particularismo de Eric Auerbach (Cf: *Mimesis*)– y su crítica sistemática de la gran tradición de la Ilustración occidental, una de las más altas cumbres culturales de ese humanismo que Said dijo abrazar. Máxime cuando siempre puso en cuestión la integridad y la validez moral del criticismo y de la indagación crítica de otras áreas culturales, como la árabe-islámica. Mas en realidad, no se da tal contradicción, pues el humanismo de Said, inspirado en Vico, un “irracionalista moderno” (en palabras de I. Berlin), tan difícil de leer como de entender, era tan rancio y ajeno al humanismo racionalista de la Ilustración como lo puedan ser el esoterismo medieval o los mitos religiosos. La reacción de Said contra la Ilustración y su idea universal de humanidad fue propia de un romántico para el cual lo importante está en los particularismos basados en las diferencias raciales. En suma, *Orientalismo* ha sido una obra que ha contribuido notablemente a asentar el disparatado prejuicio posmoderno de que todo pensamiento racional es implícitamente racista. Más aún, el concepto de Said del “otro”, que subyace en todo su análisis del “orientalismo”, surge como reacción contra la razón, y es deudor de los filósofos existencialistas (Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre, sobre todo).

El argumento de que Occidente –o mejor dicho, sólo Europa antes del siglo XX– se ha definido a sí mismo en oposición al Oriente es una falacia y una simplificación extrema y esencialista. Los europeos se identifican, y se han identificado durante siglos sobre todo por su historia, como herederos conjuntos de la Grecia clásica, del Imperio romano, del cristianismo atemperado por la escolástica medieval, del Renacimiento, de la Reforma, de la Contrarreforma, de la Ilustración y del modernismo laico. Es más: el sentido que tienen los occidentales de sí mismos, su cosmovisión, su forma de entender su relación con su pasado y su sentido de su futuro están profundamente influidos por los valores cognitivos de la filosofía especulativa y de la ciencia moderna, algo que no ocurre en las sociedades de musulmanes, que llevan más de quinientos años sin aportar ni una coma al acervo

de conocimientos que tiene la humanidad de sí misma y del mundo en general. Por lo tanto, aseverar que los occidentales necesitan del “otro” geográfico para definir su propia identidad es, amén de falso, de una arrogancia por parte de ese “otro”, sea árabe, islámico, chino o japonés, que sobrepasa, sin duda, cualquier medida imaginable de prepotencia egocéntrica o de complejo de inferioridad verdaderamente enfermizo.

Por otro lado, la complejidad de la visión cambiante que ha tenido Occidente respecto del islam queda ejemplificada precisa y justamente en la Ilustración del siglo XVIII, que como se ha visto Said percibió como la raíz del “orientalismo” moderno. Ciertamente que algunos intelectuales ilustrados atacaron al islam motivados por su cosmovisión racional y su filosofía laica que les hacía ver en las religiones el enemigo principal de la razón, de la educación, de la tolerancia, del antropocentrismo, el laicismo y demás valores de la Ilustración. Mas esos ataques al islam fueron siempre paralelos a los que se hicieron al judaísmo y al cristianismo en su condición de religiones. Es más, en ciertos tiempos y lugares, en los cuales la Iglesia seguía siendo muy poderosa, los ataques al islam no fueron sino embates camuflados al cristianismo. Mas a la vez, otros escritores y pensadores del Siglo de las Luces vieron en el islam una religión más próxima a las ideas de la Ilustración que el cristianismo. Muchos de ellos la vieron como una religión equilibrada entre los deberes morales y las necesidades básicas de los creyentes, algo muy opuesto a la distorsionada actitud del cristianismo tocante al sexo. Hasta hubo escritores que hablaron admirablemente bien del islam y de su tolerancia con las minorías, contraponiéndola al fanatismo cristiano.

SAID Y LOS ARABISTAS “COMME IL FAUT”

Las tesis de Said que se han expuesto en párrafos anteriores y que subyacen al mito del “orientalismo” emanan de la crítica que aparece en las páginas de *Orientalismo* al campo académico de los estudios sobre el Oriente Próximo, conocidos también como arabismo. Es ésta una disciplina académica propia generalmente de sociedades que no forman parte del mundo de habla árabe, y que engloba estudios especializados en la cultura

árabe y su lengua. Los orígenes del arabismo se encuentran en la España medieval, mas en *Orientalismo* no hay ni rastro del arabismo español. En el citado prólogo de Said a la segunda edición española de este libro, el autor se defiende, una vez más, de las críticas recibidas por no haber tenido en cuenta otros estudios orientales que no fuesen los de británicos, franceses y estadounidenses con el argumento de que sólo le interesaba denunciar los vínculos entre imperialismo y orientalismo, los cuales se daban claramente en los casos que estudiaba en su texto. Sostiene, además, respecto de España, que tras haber leído a Américo Castro y a Juan Goytisolo, se ha reafirmado su convencimiento de que las relaciones entre España y el islam no son imperialistas y que el islam no es extraño ni enemigo de la identidad cultural española, sino que forma parte de ella. Con tales guías no tiene nada de extraño que Said yerre respecto a la importancia del islam en la identidad española, una cuestión que tiene que ver más con las ideologías políticas que con la realidad histórica. Said ignora, como tantas otras cosas, que el “orientalismo español” ha sido básicamente arabismo centrado en el medievo. Por lo tanto, si ya de suyo el aserto de Said de que “orientalismo” y colonialismo van siempre juntos es erróneo, en el caso español ni siquiera está equivocado. Es más, la identificación que se da en el arabismo español del período que estudia Said entre el islam y el cristianismo tiene claramente un trasfondo político de extrema derecha, que se reduce, básicamente, a la eterna lucha entre el bien –identificado con la religiosidad tradicional de cristianos y musulmanes, unidos por unos mismos valores morales pese a sus diferencias dogmáticas y teológicas– y el mal, encarnado por los que defienden e impulsan el secularismo, los valores liberales de la Ilustración y la democracia.

Hasta ahora casi no nos hemos ocupado de las críticas a *Orientalismo*, muchas de ellas demoledoras, que se han hecho desde el mismo campo de los expertos académicos especializados en las materias sobre las que divaga, más que diserta, Edward Said. Se trata de un asunto largo, complejo y muy técnico que trataremos de resumir para nuestros lectores. La lista de esos arabistas de primer rango que han señalado los muchos errores que lastran *Orientalismo* es amplia, y en ella destacan los nombres de Jacques Berque, Malcolm Kerr, Bernard Lewis (junto con Silvestre de Sacy, Ernest Renan y Edward W. Lane, fundadores de los estudios orientales como dis-

ciplina moderna en el siglo XIX, las bestias negras de Said) y Maxime Rodinson. La agria, dura, contumaz y larga disputa entre Lewis y Said está ampliamente documentada en numerosos libros y artículos. La postura de Lewis es la del rechazo sin paliativos de las tesis de Said de que los arabistas occidentales han tenido, por sistema, un sesgo imperialista en contra del Oriente Medio. Por el contrario, sostiene Lewis, el orientalismo como disciplina académica se desarrolló a partir del humanismo europeo, independientemente de la expansión colonial. Como apoyo a esta aseveración, Lewis demuestra que tanto los franceses como los ingleses estudiaron ya el islam a lo largo de los siglos XVI y XVII, mucho antes de que se plantease su posible dominio colonial del Oriente Medio. Es más, en países con escaso y nulo historial de colonización de mundo árabe, tales como Italia, Holanda y Alemania, las contribuciones académicas al orientalismo fueron mucho más importantes que las de franceses, británicos o estadounidenses; y que hasta muchos de los estudios llevados a cabo en los países colonizadores fueron totalmente ajenos a la causa del imperialismo. Y como ejemplo clásico propone el desciframiento del lenguaje de los antiguos egipcios, lo que abrió las puertas al estudio sistemático de un pasado espléndido que los propios egipcios habían olvidado. Se pregunta entonces Lewis, con toda razón, que a qué causa imperial servían los eruditos que hicieron esa contribución tan decisiva para el conocimiento de la historia de la humanidad²¹.

A estas alturas de este artículo, espero que haya quedado claro que en el debate en torno a *Orientalismo* se dan dos posturas nítidamente diferenciadas y que se corresponden con bastante precisión con las dos vertientes de la disputa: una, la erudita y académica, y la otra, la política, si bien a veces se mezclan una y otra. Un ejemplo reciente de la vertiente académica lo tenemos en el espléndido libro de Robert Irwin *Dangerous Kno-*

²¹ **Bernard Lewis**, *Islam and the West*, Oxford University Press, 1993. **Martin Kramer**, "Bernard Lewis". *Encyclopedia of Historians and Historical Writing*, vol. 1, 1999. **Ibn Warraq**, "Debunking Edward Said", *op. cit.* Merece la pena leer, sobre todo, el apartado titulado "Said, Sex, and the Psycho-analysis" en el que Warraq cita una "deconstrucción" e interpretación freudiana, espermática y ridícula, que hace Said de una cuestión muy técnica de filología árabe tomada de un texto de Lewis. Un ejemplo más de la charlatanería culterana e incomprensible de Said en *Orientalismo*.

wledge: Orientalism and Its Discontents (Overlook Press, 2006) y en las reseñas que de este texto se han publicado en importantes diarios y revistas de pensamiento con gran prestigio en el mundo intelectual anglosajón²².

Robert Irwin es un reconocido arabista británico, especialista en la historia y la cultura del Próximo Oriente que imparte cursos en las universidades de Londres, Cambridge y Oxford. Su juicio sobre *Orientalismo* es asolador: “ese libro me parece una obra llena de charlatanería maligna en la cual es difícil distinguir entre errores honrados y alteraciones hechas a posta”. A partir de su aserto de que Said está equivocado en casi todo, Irwin dedica la gran parte de su libro a examinar con detalle y rigor la historia de los escritos de autores occidentales sobre el Oriente, poniendo de manifiesto la evidencia de que algunos de ellos fueron personas con debilidades, carencias y extrañezas, en ocasiones rayanas en la locura (como es el caso de Guillaume Postel, nacido en 1510, y según el autor, “un lunático completo”). Mas de todos éstos, los que se pueden llamar en verdad orientalistas y arabistas eran hombres (y muy rara vez, mujeres) de su tiempo que estudiaron con devoción las lenguas de esa zona geográfica y que establecieron con objetividad las relaciones del islam y su historia con sus fuentes judías y cristianas. En general se trataba de eruditos ajenos a la política y, sostiene Irwin, el racismo de algunos, como Renan –al que no considera un orientalista *comme il faut*– o el de determinados escritores que no pasaban de meros aficionados en muchas de las materias de esta disciplina, no lo inventaron los verdaderos orientalistas. Mas, prosigue Irwin con toda lógica, las afirmaciones de los orientalistas de la excepcionalidad lingüística de la región, su cultura y su religión, teológicamente subdesarrollada y con preceptos legales muy elaborados y estrictos, fueron aspectos que influyeron sin duda en los políticos, como lo hicieron tantos otros relacionados con las informaciones que se tenía de aquella zona en aquella época.

Para Irwin la mayoría de los más importantes orientalistas eran intelectuales influidos por la Ilustración, y es incuestionable que ha existido una tendencia muy marcada entre estos estudiosos eruditos a adoptar posturas

²² Por razones que desconozco, la edición de bolsillo, realizada por Penguin Books (enero de 1997) lleva por título *For Lust of Knowing. The Orientalists and their Enemies*.

claramente antiimperialistas, a la vez que su entusiasmo por las culturas que estudiaban les hacía ser muy críticos con sus propias culturas y sociedades. Al igual que Lewis, Irwin destaca que, en flagrante contradicción con la tesis fundamental de Said, los más importantes orientalistas del siglo XIX e inicios del XX eran alemanes, siendo así que Alemania carecía de intereses coloniales en el Oriente Medio y en el resto de Asia. Por el contrario, el colonialismo de Rusia en Asia central y en el Cáucaso no tuvo reflejo alguno en la historia del orientalismo de las llamadas grandes potencias europeas.

Otro aspecto que Irwin denuncia como seriamente errado es la forma simplista y de trazo grueso con la que Said expone los complejos encuentros y desencuentros de la historia de ambas civilizaciones. Durante la mayor parte de la historia común, apunta Irwin, Europa ignoró al islam o lo consideró como una forma del arrianismo, una herejía propia de los primeros tiempos del cristianismo. Lejos de convertir, como sostiene Said, al islam en el amenazante “otro”, durante muchos siglos la mayoría de los europeos ni siquiera supieron de la existencia del islam, preocupados como estaban en convertir en diablos a las sectas cristianas rivales. Además, parece olvidar Said, o lo calla torticeramente, que las relaciones de imperialismo fueron de signo diverso a lo largo de la historia, siendo así que las potencias europeas estuvieron durante siglos amenazadas por el poderoso Imperio otomano.

La otra vertiente, el otro bando de este debate –donde exista y no se quede reducido, como en España, prácticamente a un cansino monólogo de los exegetas del “orientalismo saidita”– lo forman aquellos para los cuales la razón, el pensamiento crítico, el método científico y la honradez académica en búsqueda de la verdad, y hasta la verdad misma, carecen de valor frente al compromiso político con los palestinos y demás sociedades del mundo árabe-islámico. Lamentablemente, ésta es la posición mayoritaria de los orientalistas occidentales de hoy día y la postura políticamente correcta, que se ampara en el más extremo de los relativismos cognitivos, propio del multiculturalismo posmoderno, y en una falta de ética intelectual y académica que es casi una obscenidad.

Hay muchos ejemplos de esta postura que, ante la evidencia de los errores y falsedades de *Orientalismo*, recurre, para defender al libro y a su autor,

a los mismos métodos tramposos con que Said construyó su ficción orientalista. Como muestra, baste un botón: Terry Eagleton. En su reseña del libro de Irwin, este insigne representante de la teología de izquierdas que se nutre de las partes más putrefactas de los exquisitos cadáveres doctrinales de Marx, Freud, Foucault, Derrida, Adorno, Heidegger, Sartre, etcétera, intenta salvar los trastos del naufragio de *Orientalismo* con un argumento tan falaz como ridículo: Said se equivocó en muchas cosas, en muchos detalles, en casi todo; pero su argumento central es básicamente correcto. Está tan convencido Eagleton de que Said ha sido capaz de obrar el milagro de romper con toda la lógica y, partiendo de premisas falsas, llegar a una conclusión verdadera, que hasta titula su reseña con esta larga frase: “Eastern block. Edward Said got many things wrong, but his central argument was basically right. The west’s denigration of the east has always gone with imperialist incursions into its terrain”. O lo que es lo mismo, pese a que Irwin y otros muchos expertos arabistas han demostrado que los hechos históricos no permiten establecer que se dé tal correlación entre “orientalismo” (para Eagleton, equivalente a “denigración del Oriente por el Occidente”) e “incurSIONES imperialistas en el terreno de Oriente”, Eagleton siente en sus entrañas que eso es cierto y así lo manifiesta con gran desfachatez²³.

Esta inaudita actitud de Eagleton, que suena como un eco de las citas de los apóstoles españoles del “orientalismo saidita” que aparecen en el arranque de este artículo, la explica muy bien William Grimes en su espléndida reseña de *Dangerous Knowledge* que se publicó en el *New York Times*: “*Orientalismo*, como deja sobradamente claro el propio Irwin, sea plenamente consciente de ello o no, no puede ser refutado. No importa cuántos errores de hechos o interpretaciones se denuncien, el libro es invulnerable porque sus argumentos son políticos y no académicos. En la era de los estudios poscoloniales *Orientalismo* continúa suscitando entusiasmo y hasta dictámenes reverenciales. Puede que esto no sea justo, pero hace que muchos se sientan bien”²⁴.

²³ *Newstatesman*, 13 de febrero de 2007. El título del libro que aparece en esta reseña es *For Lust of Knowing. The Orientalists and their Enemies*.

²⁴ **William Grimes**, “The West Studies the East, and Trouble Follows”. *New York Times*, 1 de noviembre de 2006.

Puede ser. Pero al intentar expurgar de toda responsabilidad a la cultura árabe-islámica de sus fracasos y errores echando siempre la culpa al “orientalismo” de Occidente, amén de eliminar de raíz cualquier atisbo de la necesaria y saludable autocrítica de la que tan necesitada está la cultura, entendida en su más amplio sentido, de muchas sociedades orientales, Said y sus apóstoles practican ellos mismos una forma especialmente aguda, despectiva y dañina de “orientalismo”, al presentarnos una sociedad árabe-islámica compuesta por seres inmaduros, irresponsables, ignorantes y cándidos, henchidos de victimismo y de plañideras identidades y herida dignidad, sociedad que no se sabe cómo ni cuándo ni por qué surgió tras la decadencia del esplendor y la gloria de los siglos dorados del imperalismo de la espada y el Libro de las gentes del oriente islámico²⁵.

²⁵ Terminado este ensayo tengo conocimiento de los trabajos y escritos de **José Antonio González Alcantud**, profesor titular de Antropología de la Universidad de Granada, en los que se revisa críticamente, aunque con autoimpuesta moderación obvia, el “orientalismo” de **Edward Said**. Leyendo esta documentación, se entiende el comentario de **Ibn Warraq** que se cita en el presente artículo acerca de lo difícil que es hoy día para un experto en estudios orientales nadar en contra de la corriente del “saidismo” académico y mediático (Cf: José Antonio González Alcantud, Editor, *Orientalismo desde el Sur*. Editorial Anthropos, 2006).